



**AVENTURAS EN ORIENTE**  
de **MIKAEL**  
**KARVAJALKA**

**MIKA**  
**WALTARI**

El aventurero Mikael Karvajalka y su amigo Andy abandonan Venecia para emprender una peregrinación por mar a Tierra Santa que no tardará en convertirse en una sucesión de tronar de cañones, asaltos piratas, luchas cuerpo a cuerpo y todo tipo de arriesgados lances. Cautivos de las fuerzas de Solimán el Magnífico, los dos protagonistas se verán obligados a renunciar a su fe y abrazar el islam para salvar la vida, mientras los seguidores de la cruz y los de la media luna luchan encarnizadamente por el control del Mediterráneo.

En *Aventuras en oriente de Mikael Karvajalka* Mika Waltari ofrece un amplio panorama de los conflictos culturales, sociales y políticos que asolaron el Mediterráneo durante el siglo XVI. Si en *Vida del aventurero Mikael Karvajalka* trazó una completa imagen de la Europa de esa época, en esta novela retoma al mismo protagonista para trasladarnos a Argel, Egipto, Estambul y Bagdad durante el reinado de Solimán el Magnífico.

## Capítulo Primero

# Mikael el peregrino

Una decisión tomada un día lleva la paz al espíritu del hombre y desahoga su alma. Con mi hermano Andy y mi perro *Rael*, volví la espalda a Roma y a toda la cristiandad, emprendiendo el camino a Tierra Santa para expiación de mis pecados.

Y así, cuando libre como un pájaro me hallé en la gran plaza de esta ciudad de maravillas que es Venecia, me parecía haber irrumpido del abismo oscuro de una tumba, brotando a una nueva vida. Las visiones y los hedores de la carnicería y de la peste en el sitio de Roma eran jirones de niebla en mi espíritu. Todo mi cuerpo respiraba profundamente el aire del mar, y mis ávidos ojos saturaban su retina en la contemplación de la muchedumbre de turcos, moros, judíos y negros que discurrían libremente a mi alrededor, embutidos en sus variadas vestiduras. Me parecía que estaba a las puertas del fabuloso Oriente, embargado por el deseo irresistible de conocer esas extrañas gentes y de visitar las comarcas de las cuales venían los soberbios navíos que, ondeando el estandarte del León de San Marcos, entraban en la ciudad.

Ni Andy ni yo teníamos nada que temer de los oficiales de la ilustre República, y podíamos detenernos, caminar y viajar a nuestro antojo. Yo había obtenido de un pícaro veneciano, y mediante un precio exorbitante, un pase, el cual estaba provisto de su correspondiente sello notarial. Desde

que tuve la certeza de que nadie por allí estaba al tanto de lo que ocurría en un lugar tan remoto y vago como mi nativa Finlandia, no tuve inconveniente en dar mi verdadero nombre finés de Mikael Karvajalka. Éste figuraba estampado en el documento como Mikael Carvajal, por cuya razón podía sostener que era español de nacimiento, aun cuando hice constar expresamente en él que había pertenecido a la corte del rey de Dinamarca, así como rendido útiles servicios a la Señoría de Venecia en ocasión del saqueo de Roma en aquel verano de 1527.

Pronto me di cuenta de que ni una vida entera sería suficiente para ver y admirar en Venecia todo cuanto era digno de ello, a pesar de que hubiese deseado quedarme el tiempo necesario para dedicarme a la adoración en cada una de sus iglesias. Pero la ciudad ofrecía muchas y poderosas tentaciones, y por ello emprendí la búsqueda de un buque que nos trasladara a Tierra Santa. No tardé mucho en encontrarlo, bajo la forma de un hombre de nariz ganchuda con quien trabé conversación en el puerto. Aplaudió calurosamente mi intención y me dijo que estaba de suerte, pues había llegado a Venecia en un buen momento para poder realizar mi proyecto. Un importante convoy, bajo la protección de las galeras de guerra venecianas, zarparía en breve para Chipre, y era más que probable que un buque con peregrinos tuviese un puesto reservado en él.

—Es la mejor estación del año para realizar felizmente tal empresa —me aseguró—. Tendréis un viento constante y no habréis de temer las tormentas. Poderosas galeras que cuentan con muchos cañones protegerán en su viaje a los buques mercantes contra los piratas infieles, los cuales son una continua amenaza para los navíos pequeños. Además, y en estos tiempos revueltos e impíos, son pocos los que emprenden tan santa peregrinación, y así no os encontraréis hacinados a bordo, donde por lo demás podréis obtener a precio razonable una sana y variada alimentación, por lo que no es preciso que los viajeros se preocupen de apro-

visionarse de antemano. Una vez en Tierra Santa, diversos agentes contratan el viaje desde la costa hasta Jerusalén, en las mejores condiciones, y las credenciales que es preciso comprar en la Casa Turca salvaguardan al peregrino de toda molestia.

Cuando le pregunté en cuánto estimaba aproximadamente el precio del pasaje, me miró, y con los labios temblorosos y tendiendo sus manos a toda prisa dijo:

—Maese Mikael, es Dios a buen seguro quien ha determinado nuestro encuentro. La verdad sea dicha, esta amable ciudad nuestra está llena de pícaros que se ceban en la ingenuidad de los extranjeros. Yo soy un hombre devoto, y mi deseo más ferviente es el de emprender también un día esa peregrinación. Pero como mi pobreza me lo impide, he resuelto dedicar mi vida al bienestar de otros más afortunados que yo, y facilitar su viaje a los sagrados lugares, en los cuales Nuestro Señor Jesucristo vivió, sufrió, murió y resucitó de entre los muertos.

Tras estas palabras, sollozó con amargura, y sentí gran compasión de él. Reponiéndose con presteza, me miró de hito en hito francamente y dijo:

—Pido tan sólo un ducado por mis servicios. Mediante este desembolso, vos demostráis la sinceridad de vuestros propósitos, y al propio tiempo os descargáis de un peso, en cuanto al asunto concierne.

No podía por menos de confiar en él, y me dejé conducir a lo largo del muelle, donde mi acompañante saludaba a muchos capitanes, mercaderes y oficiales de Aduana, todos los cuales sonreían al verme en su compañía. Le di su ducado, manifestándole al propio tiempo que yo no era un hombre rico y que deseaba un viaje lo más barato posible. Me dio toda clase de seguridades sobre el particular y comenzó un regateo con el mercader ante el cual nos habíamos detenido, a quien le compré una capa de peregrino y un rosario nuevos. Al despedirme de mi nuevo amigo, al la-

do de mi alojamiento, me prometió avisarme en cuanto nuestro navío se hallase presto a darse a la vela.

En la fiebre de mi impaciencia, me dediqué a deambular por Venecia, hasta que una tarde vi aparecer la nariz ganchuda de mi amigo, quien nos urgió a que nos diésemos prisa a trasladarnos al buque, pues el convoy había de zarpar el día siguiente, al alba. Andy y yo hicimos en un periquete un envoltorio con nuestros enseres, y salimos con toda presteza al encuentro de nuestro buque, que se hallaba anclado en el puerto. Comparándolo con los grandes mercantes, parecía ridículamente pequeño; pero mi amigo de la nariz corva me explicó tal anomalía diciéndome que ello era debido a que todo el espacio a bordo estaba reservado a los peregrinos, no cargándose mercancías. Un capitán, picado de viruelas, nos recibió cortésmente, y cuando Andy y yo hubimos contado cada uno dieciocho ducados en su callosa mano tendida, juró que era tan sólo en consideración a su amigo de la nariz picuda que nos hacía un precio tan barato.

El sobrecargo nos enseñó nuestras plazas para dormir en la cala, que se componían de lechos de paja limpia; señalando a un jarro que contenía vino avinagrado, nos invitó a que hiciésemos los honores correspondientes para celebrar el alegre día de la partida. La única luz que nos llegaba de un par de débiles fanales era muy tenue, por lo que a pesar del bullicio que reinaba en la sentina éramos incapaces de distinguir a nuestros compañeros de viaje más cercanos.

El amigo de la nariz corva dejó al capitán, con quien se hallaba entretanto departiendo a un lado, para despedirse de nosotros. Me abrazó calurosamente y con lacrimosas palabras, a las que mezclaba sus bendiciones, nos deseó un viaje feliz.

—Señor de Carvajal —dijo—. No me imagino un día más venturoso que aquél en que os vea de nuevo regresar sano y salvo. Una vez más, dejadme preveniros que no os

confiéis mucho en los extraños, agradeciéndoles sin embargo cortésmente la buena disposición que manifiesten. Y si tropezáis con infieles, no dejéis de acordaros de decir estas palabras: «*Bismillah irrahman irrahim*». Retenedlas bien en vuestra memoria, pues es seguro que este piadoso saludo os granjeará su estima.

Después de haberme besado por última vez en ambas mejillas, trepó por un lado, agarrando su bolsa mientras lo hacía, y luego se dejó deslizar por la borda de un bote de remos. No quiero decir nada más sobre este hombre sin entrañas, cuya memoria es ofensiva para mí. Cuando fueron izadas las remendadas velas, y en medio de un crujido de maderas y del chapoteo de las aguas cuyo rumor llenaba la sentina, el buque enfiló el mar, indiferente a la manera de cómo habíamos sido estafados. Las verdes cúpulas de cobre de las iglesias venecianas no se habían borrado en la lejanía antes de que ya me hubiese saltado esta verdad a la vista.

Nuestro cascarón se deslizaba perezosamente, como hundiéndose en la estela de los grandes mercantes, y no sé por qué, se me representaba como un ataúd que se hundía; reculaba cada vez más, mientras que de la galera de guerra —pues la escolta anunciada por el hombre de la nariz ganchuda se había reducido a una galera— surgían señales conminándola a situarse en el rumbo y apresurar la marcha. La tripulación se componía de una morralla andrajosa y ladrona, y de mi conversación con otros peregrinos deduje al instante que había pagado una suma excesiva por nuestro pasaje, la mitad de la cual, a no dudarlo, se la había embolsado nuestro buen amigo de la nariz ganchuda. Entre nosotros había también algunos pobres desgraciados que acampaban en cubierta, y no habían pagado más que un escudo por el viaje completo.

Un hombre tendido a proa se revolcaba atenzado por calambres espasmódicos en todos sus miembros. Una faja de hierro ribeteado ceñía su cintura, y apresaban sus tobi-

llos pesados grilletes. Un viejo de ojos febriles se arrastraba a cuatro patas, sobre manos y rodillas, jurando que haría de esta guisa el viaje desde las costas de Tierra Santa hasta Jerusalén. Nos tuvo en vela toda la noche con sus alaridos de terror, y se desgañitaba explicando que había visto ángeles blancos flotando alrededor del buque, los cuales habían decidido colgarle de una gavia.

El capitán marcado con viruelas no era mal marino. No perdía nunca el contacto con el convoy, así que cuando cada noche salían las estrellas podíamos divisar las luces de posición del palo mayor de los demás navíos, los cuales se ponían a la capa, o anclaban en ocasiones al resguardo de alguna bahía. Sin embargo, fuimos distanciados y quedamos muy a popa. Cundió la alarma y prestamente el capitán nos puso a los remos. Nos explicó que sería un simple ejercicio. Pero en nuestra prestación a esta dura tarea repetidas veces, sufrieron un desmayo no menos de quince de los cien peregrinos, ya que en su mayor parte los hombres eran viejos, tullidos o enfermos. En cuanto a las mujeres, como naturalmente aún servían menos para tales menesteres, no tomaban parte en ellos.

Entre éstas había una joven que desde el primer día llamó mi atención. Por su atavío y su graciosa compostura, se distinguía al momento de las demás. Vestía una túnica de seda, adornada de brocado de plata y perlas, y también lucía joyas, por lo que excitó mi curiosidad extrañándome de cómo podía haber caído en medio de una compañía tan andrajosa y mugrienta. Una sirvienta, gruesa como un tonel, la atendía constantemente. Lo más raro aún de dicha mujer era que siempre aparecía con un velo cubriéndole el rostro, manteniendo tapados hasta sus ojos. Al principio presumí que lo hacía por vanidad, con el fin de proteger su cutis de los ardientes rayos solares; pero pronto me di cuenta de que conservaba puesto el velo aun después de la caída del sol. El aspecto de esta dama y las líneas armoniosas de su cuerpo inducían a suponer que debía de ser



muy agraciada, y nada fea de rostro, pues así como los rayos del sol se filtraban entre las nubes, así el resplandor de su belleza parecía atravesar el velo. No podía imaginarme qué gravísimo pecado la había llevado a la peregrinación, induciéndola a ocultar su faz.

Una tarde, justamente a la puesta del sol, vi que se encontraba apoyada en la barandilla y con el velo alzado. No pude resistir la tentación de aproximarme a ella, pero al hallarme a su lado volvió a un lado vivamente la cabeza y se echó de nuevo el velo sobre el rostro, sin que me diese tiempo a ver más que el delicado óvalo de su mejilla. Me quedé perplejo, mirando sus cabellos, cuyos rubios bucles estaban apresados por una redecilla, y en mi contemplación experimentaba una especie de debilidad en las rodillas sintiéndome a la par atraído por ella como por un poderoso imán.

Luego, y al igual que ella, me entretuve en mirar al mar, cuyos reflejos metálicos crepusculares tenían un color vinoso, pero notaba la presencia de la mujer, a la que observaba a hurtadillas, y vi que tras unos instantes volvió la cabeza hacia mí con gesto algo despectivo, como si esperase que le dirigiera la palabra. Saqué fuerzas de flaqueza y dije:

—Somos compañeros de viaje que buscamos la misma recompensa. Somos iguales en el designio de Dios y en la expiación del pecado, por lo que me atrevo a esperar que no os ofendáis si os hablo. Me consumía la impaciencia de hacerlo con alguien de mi edad, que resulta ser, por otra parte, tan diferente a todo ese montón de cochambre.

—Interrumpís mis oraciones, señor de Carvajal —contestó ella en tono de reproche.

Sin embargo, el rosario que tenía colgando de sus manos fue recogido por sus gráciles dedos, y se volvió hacia mí del todo. Me alegró que conociera mi nombre, pues ello demostraba que se había tomado algún interés por mí, pero dije con humildad:

—No me llaméis así, ya que no soy de noble cuna. En mi verdadero idioma, mi nombre es simplemente Karvajalka, y pertenecía a mi madre adoptiva, quien murió hace tiempo. Ella me lo dio por caridad, pues nunca conocí a mis padres. Pero debo confesar que no me encuentro ahora sin alguna fortuna, y poseo también cierta educación pues he estudiado y aprendido en varias universidades. Me causaríais un gran placer llamándome simplemente Mikael el Peregrino.

—Está bien —asintió cordialmente—. En este caso, vos me llamaréis Giulia, sin preguntarme sobre el nombre de mi familia o de mi padre, como tampoco el lugar de mi nacimiento, pues tales preguntas sirven para hacer revivir en mí penosos recuerdos.

—Giulia, ¿por qué veláis vuestro rostro, cuando el sonido de vuestra voz y el oro de vuestro cabello sugieren su belleza? —le pregunté—. ¿Es acaso para no provocar en nosotros, hombres débiles, los pensamientos y deseos que nos llevan a descarriarnos en sendas prohibidas?

Pareció sumamente disgustada por estas indiscretas palabras, y cual si con ellas le hubiese inferido una mortal herida, se volvió de espaldas y los sollozos agitaron su esbelto cuerpo. En mi desmayada angustia, tartamudeé algunas excusas, asegurándole que no había estado en mi ánimo el disgustarla, y que me sentía muy apenado por haber sido la causa inconsciente de sus lágrimas. Se enjugó éstas, se bajó de nuevo el velo y se volvió hacia mí.

—Peregrino Mikael: de la misma manera que un hombre lleva su cruz en las espaldas y otro cuelga pesados grilletes de sus piernas, así he jurado yo no mostrar nunca mi rostro en el curso de este viaje. No me pidáis nunca que alce mi velo, pues este acto no haría otra cosa que aumentar la dura carga que sobre mí ha puesto Dios desde mi nacimiento.

Dijo estas palabras con tal gravedad que me sentí conmovido al extremo. Sin poder contenerme, tomé su mano y la besé con respeto, prometiéndole solemnemente que

nunca intentaría que rompiese su voto. Le pedí entonces que me hiciera compañía para gustar la malvasía de un pequeño barril que yo había traído a bordo. Tras titubear unos instantes, aceptó por fin, pero a condición de que su vieja nodriza nos acompañase. Bebimos, todos reunidos, de mi cubilete de plata que pasó de uno a otro, y al ofrecérselo yo a ella, un ligero roce de su mano me produjo un estremecimiento. Por su parte me ofreció algunos dulces envueltos en seda a la manera turca. Quiso darlos también a mi perro, pero *Rael* se encontraba muy ocupado persiguiendo ratas, por las que había tomado gran afición desde el saqueo de Roma. Andy se unió a nosotros, trabando una animada conversación con la gruesa nodriza, lo que me produjo una gran satisfacción pues así podía yo dedicarme exclusivamente a Giulia.

Después de un rato de compañía, la nodriza comenzó a regalar a Andy con escabrosas historias de curas y frailes, y yo me aventuré a entretener a Giulia con uno o dos relatos galantes. No pareció ofenderse lo más mínimo por ello, sino que por el contrario rió de buena gana con su risa argentina, y en los pasajes tristes, que al amor también alcanzan, más de una vez posó su mano sobre mi rodilla o mi brazo. Así proseguimos hasta avanzada la noche, mientras el oscuro mar chapoteaba sordamente y parecía, a veces, quejarse en torno de nosotros, y el cielo cubierto de innumerables estrellas se cernía resplandeciente sobre nuestras cabezas.

Andy aprovechó nuestras nuevas relaciones para entretener a la nodriza en el remiendo de nuestros vestidos y, uniendo nuestras provisiones, la charlatana costurera tomó enseguida posesión del fogón del buque y cocinó prestamente para nosotros, pues no era cosa de que por falta de alimentos cayésemos enfermos al igual que otros muchos peregrinos, que sólo tenían su provisión, y no escasa, de miseria.

Cuando quedamos solos, Andy, que al parecer me había observado con mucha atención, me miró fijamente y me dijo en un tono de admonición:

—Mikael, soy un ignorante, y tan simple de espíritu como tú, como ya lo has hecho notar a menudo. Pero ¿qué sabemos de Giulia y de su compañera? La conversación de Juana y sus historias están mejor en boca de una encargada de burdel que en la de una mujer decente; y en cuanto a Giulia, oculta su rostro de tan siniestra manera que hasta la tripulación se halla inquieta. Así pues, Mikael, ve con cuidado, no hayas de descubrir un buen día alguna otra nariz corva bajo el velo.

Sus palabras me lastimaron y no quise oír más de narices corvas, mandándole a paseo con sus sospechas. Al siguiente día avistamos la punta sur de Morea, ya ocupada por los turcos. Las condiciones del tiempo y las traidoras corrientes de aquellas aguas obligaron a nuestro convoy a poner proa con rumbo al abrigado puerto de la isla de Cerigo, la cual estaba defendida por una guarnición veneciana. Echamos el ancla en la ensenada, en espera de vientos favorables. Tan pronto como hicimos esta operación, nuestra galera de escolta se hizo a la mar en persecución de uno o dos bajeles sospechosos que habían aparecido en el horizonte, pues en esas aguas los buques piratas dálmatas y africanos acechaban de continuo. Procedentes de la isla vinieron botes a remo que acostaron a nuestro buque, los cuales venían tripulados por vendedores de carne fresca, pan y frutas. El capitán envió su propio bote a la costa para hacer la aguada, ya que el amarraje del buque al muelle originaba gastos de puerto que juzgó más prudente ahorrarse.

El hermano Juan, un monje fanático que viajaba en nuestra compañía, nos aseguró que la isla de Cerigo estaba maldita.

—En esta isla nació de una de las diosas de la idólatra Grecia —dijo.

El capitán de las viruelas confirmó esto y declaró que aún se podían ver en la isla las ruinas del palacio de Menelao, el desgraciado rey de Esparta. La viuda de Menelao, Helena, había heredado su fatal belleza de la diosa nacida de la espuma del mar que besaba la costa. Traicionando el deber conyugal, Helena se había fugado con un mancebo divinamente hermoso, lo que acarreó la terrible guerra de Troya. Supe por el capitán que era la diosa Afrodita quien había nacido en esta isla que los antiguos llamaban Citerea, pero me resultaba difícil comprender por qué las más amadas de todas las deidades paganas habían escogido esta isla yerma, rocosa e inaccesible, para lugar de nacimiento.

Me sentía acuciado por un ardiente e irresistible deseo de desembarcar y contemplar las reliquias de legendarias deidades, e intentar descubrir si, en efecto, había algún fundamento en las historias que contaron los antiguos griegos. Cuando relaté a Giulia todo cuanto pude recordar sobre el nacimiento de Afrodita, de la manzana de oro de París y del desdichado amor de Helena, no hallé gran dificultad en persuadirla a que me acompañara. Su curiosidad se manifestaba más intensa si cabe que mi propia sed de conocimientos.

Unos marineros nos transportaron, a golpe de remo, en un bote a la cercana costa, y yo compré un cesto repleto de pan fresco, higos y queso de cabra. Entiendo muy poco el dialecto de los campesinos, pero cuando un cabrero me señaló el sendero angosto que serpenteaba hasta lo alto de una colina, repitiendo al propio tiempo la palabra *palaiopolis*, comprendí que me estaba mostrando el camino que llevaba al emplazamiento de la antigua ciudad. Emprendimos hacia allí nuestra marcha bordeando una torrentera, hasta alcanzar un recodo de aguas tranquilas, en cuyo ribazo habían sido construidas varias albercas en los antiguos días. A pesar de que las piedras estaban carcomidas por el tiempo y que una espesa hierba cubría las ruinas, pude contar hasta una docena de estas albercas. Tras diez

días de viaje y con la ardiente temperatura, no podíamos haber encontrado cosa más agradable ni hallazgo más propicio, y Andy y yo nos metimos en el agua al instante, resregándonos y limpiándonos con la fina arena; las dos mujeres se desvistieron y se bañaron también en otra alberca, tras una cortina de matorros, pero podíamos oír a Giulia chapoteando, mientras reía con regocijo y deleite.

Con la suave brisa murmurante a través de las hojas de fulgurante verdor de los laureles, y la risa de Giulia sonando en mis oídos, mi fantasía poblaba estas albercas con las ninfas y faunos de las leyendas y no hubiese experimentado la menor sorpresa si la propia Afrodita en persona y en el esplendor de toda su gloria hubiese surgido ante mí de la espesura.

Después que comimos, Andy declaró sentirse amodorrado. Juana le secundo a la par que, lanzando una mirada de fulgurante hostilidad a la rocosa mole y a los tupidos pinares de sus laderas, se lamentó de sus maltrechos pies.

Giulia y yo decidimos seguir adelante, y en un ardoroso trepar alcanzamos la cima. Encontramos allí dos columnas de mármol cuyos capiteles se habían derrumbado y yacían en tierra semisepultados entre arena y hierba. Detrás, se hallaban los cimientos de muchos pilares cuadrados y las ruinas de la puerta de un templo.

Entre las ruinas, y sobre su pedestal marmóreo, una estatua de diosa, de mayor tamaño que el natural, nos contemplaba en el resplandor de su belleza; sus miembros armoniosos se hallaban envueltos en el más ligero de los velos. El templo se había derrumbado alrededor de la diosa, pero ella, inmóvil en su encanto divino, nos observaba a nosotros, simples mortales, aun después de mil quinientos veintisiete años del nacimiento de Nuestro Salvador.

Pero yo no estaba pensando en aquellos instantes en mi Salvador ni en las excelentes resoluciones que me habían movido a emprender esa larga excursión. Me parecía hallarme transportado a la edad de oro pagana, cuando los hom-

bres no conocían nada de los tormentos de la duda ni de la angustia del pecado; ante aquel potente sortilegio, hubiese querido que la tierra me tragara. Sí; hubiese deseado desaparecer, pero no lo hice. No hice más que tenderme a descansar sobre la hierba cálida, más suavemente de lo que mi pluma se desliza al escribir estas líneas. Miré de nuevo a la diosa, miré a Giulia que estaba a mi lado, y cogiéndola en mis brazos, traté de descubrir su rostro para que ya en adelante no hubiese ninguna barrera entre nosotros. Mi atrevimiento estaba determinado por el pensamiento de que Giulia no hubiese accedido a venir sola conmigo a un lugar tan apartado de no experimentar iguales ansias en su corazón. No se resistió a mis brazos ni a mis labios, pero cuando mis manos intentaron levantar el velo, asió mis muñecas con la fuerza de la desesperación, implorándome que no lo hiciera.

—Mikael, amigo mío, haz lo que te digo. Yo también soy joven, y sólo se vive una vez. Pero no puedo descubrir mi rostro ante ti, pues esto nos separaría. ¿Por qué no puedes amarme sin verlo, si sabes que te espera toda mi ternura?

No me convencieron sus palabras. Su resistencia aumentó mi obstinación y, rápidamente y por la fuerza, tiré de su velo y descubrí el rostro. Giulia quedó como desmayada en mis brazos, con sus dorados bucles sobre mi hombro, y sus ojos de rizadas pestañas oscuras, cerrados. Sus labios eran como la grana, y mis caricias habían puesto una suave pincelada de rubor en las mejillas de su marfileño y ovalado rostro. Yo no podía conjeturar por qué me había ocultado por tanto tiempo tan sin par belleza. Mas sus ojos permanecían cerrados, y ahora se los cubría con sus manos, indiferente a mis besos.

¡Ah! Podría haberme contentado ya con esto, pero el demonio de la obstinación seguía acuciándome. Con alguna brusquedad, conminé a Giulia para que abriese los ojos. Movié la cabeza violentamente; su deleite parecía haberse